

EN EL AULA, ¿SEPARACION O COMUNIDAD?

Separación

Vale más no describir en líneas generales; nos expondríamos a ser inexactos. Todos hemos vivido experiencias que en este momento son preferibles a cualquier descripción. Recordemos alguna, de entre las muchas —demasiadas— que nos obligan a decir: ¿Por qué una separación infranqueable, si la distancia es tan pequeña?

A veces, tal protesta aflora sin que acabemos de admitirla. Es que apenas vivir de ese modo; tanto, que preferimos no pensar. Mas la tristeza, ¡cómo paraliza cuando amarga con sus hojas y oculta la raíz! Si escarbamos solamente un poco, es peor: se aumenta la amargura, sin que arranquemos la causa. Entretanto, la planta crece, a costa de energías capaces de darnos un dinamismo certero, flexible, constante y muy vigoroso. Faltos de esas energías, vivimos en clima de ausencia, sin plenitud. Así va incubándose una protesta mucho más fuerte: lo más humano del hombre —la capacidad y tendencia que le proyectan hacia el infinito— no se deja oprimir impunemente. Si la angustia no lleva entonces a romper la mediocridad, el pesimismo ensombrece poco a poco toda la vida.

Sería ciertamente absurdo y cruel conducir a un joven a este desenlace. Pero la sociedad no siempre adopta el principio de evitar lo absurdo y cruel; sigue más bien el de lograr ventajas que, al constituirse en norma suprema, degradan al hombre. Esa mentalidad pugna por invadirnos a todos, en mayor o menor grado; incluso a los educadores. A menudo, los propios problemas nos impiden ver los de nuestros educandos. Y también ellos —los jóvenes confiados a nuestra responsabilidad— se preguntan, más o menos conscientemente: ¿Por qué tanto aislamiento?

Problema

No se trata aquí de sentimientos sin importancia; se trata de que no hay entrega suficiente de la persona al Bien, antes deseo excesivo

de los bienes. Y, como la persona humana recibió la existencia para ascender al Bien, no para perderse en los bienes, aquel estado le es innatural y violento. El Bien, Dios, no está desmenuzado en los innumerables bienes que percibimos: ni en las maravillas de la creación material ni en lo bueno del hombre. Al contrario, todos los bienes lo son exactamente en la medida que están unidos a Dios, y, por tanto, unidos entre sí en El. Mas no conviene anticipar; bástenos, de momento, advertir que en la separación espiritual de las personas, en la yuxtaposición de las vidas humanas que no llega a un constante flujo y reflujo interior, hay algún problema fundamental. La vida que no da solución a ese problema no es auténticamente humana; se desarrolla en un plano inferior.

La realidad del problema es notoria y no hay por qué ponderarla. Desde nuestro ángulo de visión, que es el pedagógico, lo descubrimos en las relaciones de la sociedad con los educandos; en las de éstos con la sociedad; en la simple convivencia de los alumnos, y en las amistades y antipatías que se tienen; en la actitud del discípulo frente al maestro que le educa o debería educarle; en el influjo del educador sobre el niño o el joven... Cabría señalar otros casos; mas ni siquiera es posible detenernos en todos los que acaban de nombrarse; es preciso limitar el examen a dos o tres. Por otra parte, dada la analogía que todos guardan, no es difícil inferir conclusiones entre ellos.

Para conseguir la solución, si ésta depende de nuestros actos libres, es lógico empezar por decidirnos eficazmente a procurarla. De hecho, el problema, dentro del recinto en que lo situamos, lo plantean la actividad libre del educando y del educador. De modo que hace falta enderezar una y otra.

La libertad del educando no se dirige al fin de la educación con la eficacia que sería menester. El educando dispone, sí, de las facultades o potencias humanas; pero no de ciertos recursos que son indispensables para el ejercicio habitualmente recto de las mismas. En otras palabras, es débil; sus facultades superiores, entendimiento y voluntad, lejos de subordinar lo sensitivo a la verdad y al bien, quedan subordinadas a lo sensitivo, precisamente en los aspectos y en el grado en que han de ser educadas. Así, el educando ha de valerse de la ayuda ajena para avanzar sin tropiezos. Tal ayuda, exigida por su insuficiencia, ha de venirle de los educadores; y éstos sólo pueden ofrecérsela comunicando la propia plenitud.

Amor

Según lo que antecede, para resolver el problema, considerado desde el punto de vista del educador, no hay más que un camino. Avanzar por ese camino es, ante todo, encarnar progresivamente en la propia vida el amor generoso o amor de caridad. El problema resulta, en el educando lo mismo que en el educador, de la falta de amor generoso; no surgiría si las acciones de entrambos, en lugar de tender a los bienes inferiores y egoístas, se ordenasen hacia el Bien.

Esta es la clave de la solución; no parece mal repetirlo, aunque se ha dicho ya innumerables veces. Claro que no es menos frecuente tachar la afirmación de imprecisa y ajena a la «práctica»; pero no se olvide que lo más necesario de la práctica, en cualquier situación o caso concreto, es que la impulse y dirija aquel amor. Muy a menudo ocurre, en cambio, que una mal llamada «práctica» —técnica sin espíritu— viene a ocupar y profanar la morada inviolable, más sagrada que los templos, del amor de caridad.

Todo acto libre debería incluir la elección del Bien; no para subordinarlo a otros fines, sino subordinándole cualquier fin que no sea El mismo; en esto consiste, fundamentalmente, el verdadero amor generoso. Pero Dios no se halla tan sólo en «mi» persona ni es exclusivamente «mi» Bien; antes se comunica más perfectamente a todos los hombres que a mí solo; y se les comunica amándoles. Por tanto, he de amarle en todos, no solamente en mí; si no lo hago, le subordino a mi individualidad; y no le amo en todos mientras no subordine mis bienes —mi bien inferior— a la persona del prójimo.

No siempre vemos, en las relaciones mutuas de maestro y discípulo, el amor generoso que respeta a la persona y sacrifica por ella los excesos del egoísmo. Muchas veces observamos que actúa, en lugar de ese amor, una tendencia de signo contrario. Dicha tendencia no conduce al Bien, sino que su fin son «mis» bienes. Nos mueve por ventura a buscar a Dios, pero en tanto en cuanto parece convenir al propio interés, no según el querer divino; nos induce a apoderarnos del prójimo, despótica o «paternalmente», para hacerle instrumento útil o receptáculo del dolor y del deseo que nos inquietan. Si ella dirige mis actos, se adueña también de mi persona; yo quedo entonces vendido al poder del «mal que habita en mí», al adversario interior de lo que en mí ama y piensa. En resumen, el amor egoísta,

que no tiene su centro en el Bien, sino en lo «mío» de los bienes, está al servicio de lo infrahumano de mi persona. Si me domina, el influjo que ejerzo en mis discípulos es la antítesis de la educación.

Educación es hacer que la persona humana deje señorearse por el Bien. Es decir, que no acepte, como última norma del pensar, verdades fragmentarias, sino la Verdad divina, luz sustancial del Bien; y que no se detenga en los fines tan numerosos que ha de proponerse en la vida, antes vaya avanzando, a través de lo que tienen de bueno, hacia el Bien infinito.

No se trata, en modo alguno, de apartar al joven de los quehaceres terrenos, ni de privarle de iniciativa, ni de impedirle el impulso creador; se trata exactamente de lo contrario. Hay que situarle a fondo en la vida actual y no consentir que la esquivé; es preciso no descansar mientras él no quiera y consiga ver, en cada momento, por dónde encauzar el esfuerzo, el amor y el dolor; no nos es lícito permitir que dormite, sin inquietud, sobre los métodos ni sobre los resultados. Pero hemos ya en la curva; desde aquí se despeñan multitudes con una irresponsabilidad que estremece. Es inadmisibles que la persona se lance a los quehaceres para dejarse vencer; ha de lanzarse para establecer en el mundo la estructura y dinamismo que corresponden a la Verdad y al Bien; y no es menos inadmisibles que las iniciativas y el impulso creador se confundan —sean monstruosamente confundidos— con las tendencias infrahumanas del hombre. Educación es, en definitiva, ordenar el amor, promoverlo y darle eficacia; por eso quien niega con su vida el amor generoso no puede educar.

Insuficiencia

Ese amor está virtualmente en el alma del discípulo; más, de otro lado, es obvio que nadie se educa debidamente si no recibe la ayuda exigida por la insuficiencia de la educación que puede darse a sí mismo. Ahora bien: como se insinuó poco ha, los límites de la insuficiencia del educando, que han de coincidir con los de la ayuda recibida, abarcan toda la educación; no en profundidad, ya que, en el plano de lo finito, el principal educador es el educando, pero sí en extensión. O sea, que concedido el primer lugar al educando —cuya libertad, si se actúa rectamente, es la causa directa de la educación—, es preciso admitir también, en todos los aspectos y fases del proceso educativo, el influjo del educador; no un poder que se instale en la

libertad del educando y la sustituya, sino un influjo que la ilumine y apoye.

Ninguna situación autoriza a prescindir de esa ayuda como de algo superfluo; si alguna permite hacerlo, es porque entonces el educando procede conforme a la Verdad y al Bien; es decir, no porque en tal caso la educación sea efecto del educando solo, sino porque, en la medida en que el educando procede así, la educación, realizada ya, es inútil e imposible. Pero en tanto que no se ha conseguido ese fin, se requiere el influjo mencionado. Muchas veces el educador deberá ejercerlo sin imponer la autoridad; mas ello no impide que la ayuda haya de ser, en cierto sentido, comunicada sin cesar y a través de todas las manifestaciones de la vida. Conviene atender ahora a estas últimas ideas.

Trátase de que la libertad del educando se una más y más estrechamente al verdadero bien; o, como veíamos, de que su vida se guíe y mueva, lo más plenamente posible, por el amor de caridad. Tal proceso, en todas sus etapas, exige alguna forma de ayuda del educador, sea éste padre o maestro, u otra cualquier persona individual o sociedad. La vida, en el educando, tiene que cambiar de signo; en lugar de que el entendimiento y la voluntad estén al servicio del placer sensible, ambas potencias han de cultivar y apropiarse lo sensible auténticamente valioso y, a la vez que cumplen esta condición, pasar sobre lo material y finito, hasta unirse estrechamente a Dios en el propio espíritu y en el prójimo. No deben quedar envueltas en la individualidad cerrada —o abierta sólo para recibir—, sino centrarse en el Bien, identificado con la Verdad, y no menos presente en el prójimo que en el «yo».

Vivir de ese modo es ejercer la libertad según su valor más genuino; es ordenar, promover y dar eficacia al amor; en una palabra, es educarse. ¿Cómo lograr que el joven avance por ese camino con la mayor seguridad y presteza posible y sin detenerse nunca? He ahí lo que, de distintas maneras, venimos preguntándonos.

Al educando le es difícil ejercer su libertad con la rectitud y eficacia debidas, porque el Bien, presente en lo más íntimo de cada hombre, no se deja percibir por ojos profanos. En este sentido, Dios está ausente; le conocemos de modo vital, es decir, se nos adueña del entendimiento y del amor, tan solo cuando elegimos su Verdad y su Amor. Si falta esa opción, queda oculto, aunque creamos en El; entonces ya no se muestra a la persona como el ser más amable; a lo sumo, el entendimiento ve en El una realidad objetivada, un Bien

infinito que la persona —absurdamente— no acepta como Bien infinito. Realmente sobrecoge, da vértigo el poder de la libertad.

El círculo parece sin salida: si el educando no elige a Dios, Dios se le esconde, como si no fuera el sumo Bien; mas para elegir a Dios sin condiciones —y toda elección condicional queda en lo finito, sin llegar nunca al verdadero Dios—, precisamente para eso, es necesario que El se muestre como Bien sumo. ¿Con qué medios podrá el educador romper ese círculo?

Presencia

El joven intuye otros bienes: experimenta placer sensible, capta de modo vital la presencia de una persona amiga... A Dios, en cambio, no le intuye. Por eso abraza ideas que contradicen o desfiguran la Verdad; y va en busca de bienes que, por apartarle del Bien, son en realidad males. Digamos, una vez por todas, que la ayuda principal ha de venirle de Dios mismo; El es quien abre el diálogo, quien se da primero, quien elige a la persona humana. Pero, además de su influjo directo —y además del acto libre con que la persona humana se entrega, a su vez, o rehúsa el amor—, hay otros actos libres que intervienen también en la invitación y en la respuesta. Entre éstos se hallan los del educador.

Dios llama al educador para que, junto a El, ayude al educando. Habida cuenta del origen de la dificultad, apuntado en líneas anteriores, parece claro que el educador debe suplir de algún modo el ocultamiento divino. Veamos cómo.

El educando no intuye a Dios. Empero, si tiene cabe a sí a una persona que vive con suficiente plenitud la vida divina, a través de ella le llegará el Amor. Entonces ya no le hará falta renovar silogismos para saber a cada instante que Dios es el Bien sumo; ni elevar trabajosamente la voluntad y el sentimiento a la altura de la razón que infiere conclusiones frías y objetivadas; bastará abrir los ojos y dejar que todo eso fluya en el alma. Así la invitación se hace casi irresistible.

Sin embargo, adquirir una transparencia que, a los ojos y ante el alma del discípulo, no desfigure enormemente a Dios ni le cierre el paso, es imposible a las fuerzas humanas. Digámoslo claramente: para educar hay que ser santo. No lo soy, ¿luego no educo? La consecuencia, felizmente, es inexacta. En la medida en que el educador no es santo, como educador es anormal. (Aquí anormal no significa raro, sino deficiente en cualidades necesarias y, por lo mismo, inep-

to.) Si procura ser santo —lo cual excluye la rutina, la inactividad y las demás formas de egoísmo—, Dios, que es Padre, ha de poner algún remedio a la deficiencia del influjo que el propio educador ejerce sobre el educando; mas esto no suprime aquella anormalidad ni la hace objetivamente admisible.

Así, como educadores, nuestra vida tiene que estar en tensión —no precisamente en agitación—, y el no superarnos equivale a oponernos, de manera positiva, al proceso educativo que intentamos promover. Esta última aserción podría parecer extremosa; mas no lo es, porque en tanto que no se realiza dicho proceso, va introduciéndose el desorden en la vida del educando, de modo que el influjo favorable del educador no sólo disminuye, sino que es contrarrestado por aquella falta de superación.

Pero hay más. El educador no puede sustituir propiamente al Bien de ninguna forma, ni siquiera mover con eficacia segura a elegirle, a pesar de lo antes afirmado. El diálogo sólo lo entablan y sostienen Dios y la persona humana: dos libertades, dos amores, y todo en él es intransferible. El educador tiene por misión encarnar en sí mismo el mensaje que Dios dirige al educando, y sugerir, con la mayor fidelidad e inmediatez posible, a través de la propia vida, que el mensaje es del Bien infinito y que, por tanto, la respuesta justa es la aceptación incondicional. Pero su vida nunca será la presencia del Bien; de ahí su radical ineficacia frente a la libertad del educando.

Es que el Bien, presente en la vida del educador, no es esa vida ni puede ser intuido en ella; su presencia tan solo puede ser sugerida. Por eso, ya que el acto libre únicamente lo realizan —colaborando misteriosamente— Dios y la persona humana, el educador es incapaz de determinar en el educando la elección del Bien. No obstante, aunque no llegue a determinarla, ha de favorecerla; y lo consigue, como hemos visto, comunicando la propia plenitud.

La presencia del Bien en el educador, siempre más o menos velada, no debe confundirse con la de los bienes que, siendo en sí limitados, insinúan la realidad y amor de aquella presencia. Es decir, en el educador hay que distinguir entre lo individual, que intuyen las facultades del educando, y Dios. Lo individual permite conocer a Dios y transmite la llamada o invitación divina; eso por un lado. De otro lado, lo individual tiene sus propias cualidades —sus propios

bienes—, que no son el Bien; y el peligro está en que la persona humana conceda valor absoluto a esos bienes parciales y relativos.

Hemos de procurar que el educando ame lo bueno que en nosotros le lleva a Dios; mas debemos procurarlo no porque dicha bondad está en nosotros y es nuestro ser, sino porque le lleva a Dios. Nuestra condición es la de camino, no la de fin. Si intento que el joven quede aprisionado en mi individualidad, ese egoísmo, que pugna por apartar al educando del Bien, es simplemente una fuerza más —muy poderosa por cierto—, entre las muchas que se oponen a la educación.

No cabe duda, por tanto, que para educar es preciso amar en el dolor. Amar, porque el educador, si lo es realmente, lleva en lo íntimo de su vida el mensaje del Bien; en el dolor, porque sin ello no hay mensaje del Bien, antes del egoísmo. Lo no enraizado en lo íntimo de la vida es esencialmente inútil para educar. Educamos si a través de nosotros se manifiesta el Bien al educando y éste, en respuesta, centra en El su elección, amándole más que a todos los bienes. Lo esencial del proceso educativo es que dicha elección surja y sea cada vez más profunda y efectiva, de modo que la persona vaya perfeccionándose eficazmente. Lo no esencial, que no es el perfeccionamiento, sino sus distintas maneras en lo que tienen de «manera» y no de perfeccionamiento, tal vez sea posible comunicarlo mediante lo superficial de nuestra vida; pero con ello no educamos aún; falta que el Bien, penetrando nuestra libertad, venga a ser como el alma de nuestros actos.

Si tiene lugar esa penetración, mi influjo ya no es como el de una realidad muerta; la educación, en lo que tiene de esencial, va desarrollándose, supuesto que el discípulo no rechaza la ayuda; y también lo accidental, vinculado al perfeccionamiento, cobra valor y deja de ser inútil. En cambio, lo superficial de nuestra vida, lo no animado por un sincero amor de caridad, no educa, porque no sugiere la presencia ni el mensaje del Bien; o, si se quiere, no lo hace en grado mayor que las plantas y demás seres infrahumanos, que son huella, pero no imagen, de Dios. El educando no puede engañarse: si mis apariencias no hunden las raíces en aquella caridad, quedan materializadas, ineficaces, y, por lo mismo, se le muestran en lo que son; es decir, las ve como algo que no le sirve, pues sólo el Bien le puede mover a educarse. En definitiva, el educador debe amar de modo que su libertad trascienda lo agradable y —en el

dolor— subordine las tendencias sensibles al amor generoso, guiado por la Verdad y unido estrechamente al Bien.

El dolor no es menos necesario al educando: es condición del esfuerzo y de la renuncia, imprescindibles, a su vez, en el amor que elige al Bien y que es consecuente con esa elección. Tal es el amor que educa, no sólo eficiente, sino, además, formalmente; el proceso educativo consiste en ir suscitándolo —ahí va incluida también la verdad— y en que dicho amor se perfeccione bajo todos los aspectos.

Según lo que acabamos de observar, el proceso educativo requiere comunicación mutua entre lo más valioso del educador y del educando: entre el amor de uno y otro, entendido en los dos como elección del Bien. Y asimismo exige de entrambos que —a través y a pesar de inevitable dolor— subordinen los bienes finitos a la progresiva plenitud y eficacia del amor mencionado. Dios se comunica al educando en el amor de caridad del educador; y el educando, si libremente no se cierra, seguirá el camino inverso, es decir, por medio del educador —aunque sin excluir la relación directa— se unirá al Bien.

¿Entregarme?

Esa comunicación mutua, del educador y del educando, resulta indispensable; porque el educando, por sí solo, no puede educarse, según quedó ya insinuado. Mas, desde nuestro punto de vista personal, ¿hay razón para sacrificarnos tan por entero en favor suyo? ¿No es degradarse como persona el convertirse en camino para que otro llegue a su propio fin? O al menos, ¿no bastará que nuestra vida se centre toda en Dios y ofrezca así testimonio del Bien sin entregarse al educando?

Huelga decir que el educando, como individuo, no «es» el fin supremo del educador. Pero cabe preguntar si mi fin supremo «está» en él; si he de buscarlo en él y no en Dios solo, o en solo Dios y no en él, o en ambos a un tiempo.

Acaso la cuestión básica, de entre esas varias en que hemos venido a parar, quede resumida en la del comienzo, pero entendida ahora en sentido profundo: ¿comunidad o separación? O sea, ¿debe unir al educador y al educando un verdadero amor generoso, que se entregue sin hacer del otro un medio para los propios fines, ni aun para el fin supremo en lo que tiene de exclusivamente «mío»? O al contrario, ¿estarán juntos, pero buscando cada cual solamente los pro-

pios fines? ¿Es lícito amar a Dios en el otro cual se apetece —sea perdonada la comparación— el licor de un vaso, como si el otro fuera un vaso que no merece aprecio? Aquí no vamos a pensar qué debe hacer el educando, sino qué debemos hacer nosotros.

Unión

Dios está en el educando, aunque éste no le amara. También está en mí. No es exacto decir que le contenemos como un recipiente, ni que estamos envueltos o contenidos en él, ni que nos penetra. Tales expresiones, si les hacemos significar tan solo relaciones espaciales, son enteramente erróneas. Dios está en mí; pero de tal forma, que mi ser es más suyo que mío. No suyo cual cosa poseída que existe independiente del poseedor; valiéndonos de un símil, no suyo como la casa es del dueño. Mi ser no pertenece a Dios desde fuera, por así decirlo; antes bien, desde lo más interior de mi individualidad.

El recinto de mi ser, donde ninguna persona humana puede sustituirme —porque ninguna, sino yo solo, es realmente mi yo— está más ocupado por Dios que por mí. Todos nos distinguimos de El; Dios no es mi ser ni mi ser es el de Dios; el mío es radicalmente imperfecto, mientras que el suyo es el mismo Bien, y por eso los dos no pueden estar fundidos en uno. Empero, lo que me distingue de Dios no es algo positivo, de lo cual no pueda El afirmar que eso le pertenece más que a mí; lo puramente mío es la limitación y el mal, el faltarme consistencia en todo lo que soy; lo demás es tan suyo, que, como nos enseñan los manuales, es nada en la medida en que es exclusivamente mío.

Al pensar esto, casi nos da la impresión de movernos en el vacío del absurdo; y en cierto sentido así es. Todo ser finito es absurdo si lo que ha de explicarlo, en definitiva, es él mismo en lo que tiene de exclusivamente propio. Mi ser no es un absoluto frente al Absoluto; en lo que tiene de cerrado en sí, frente al Absoluto, es el no ser, pues de lo contrario Dios no sería lo que El es ni el que «es»; y apoyar en el no ser la explicación definitiva de un ser es incurrir en el absurdo.

De hecho, aun invirtiendo la perspectiva —o sea, centrando la atención en mí, en vez de considerarme respecto de Dios—, también caigo en el absurdo, tan pronto como intento llegar, sin salir de mí mismo, a la explicación última de lo que soy. Es que en realidad no «soy», dando a esa palabra sentido pleno; porque alguien «es»,

sin restricción alguna, si no hay ninguna restricción en su ser. En cambio, mientras descubra algún límite en mi ser, mi entendimiento percibe que no «soy» del todo; y como no hay un solo aspecto de mi ser que no esté limitado, únicamente «soy» por mí mismo —valgan las expresiones— penetrado por lo que no soy, hundido en el no ser.

Ciertamente «soy»; pero al mismo tiempo y en eso mismo que soy, no soy, según acaba de verse. Mientras no salga de mí, me encuentro con que soy y no soy, en todos los aspectos de mi persona; o, dicho de otra manera, cualquier explicación definitiva que pretenda dar de mí mismo, es absurda si no radica fuera de mí. Únicamente el Ser infinito puede ofrecer apoyo incommovible a los demás seres; si dependen de El, ya tienen explicación y no son absurdos.

Vemos que es preciso llegar ahí; aunque llegados ahí nuestra mente siga insatisfecha, pues la explicación está en Dios, a quien el entendimiento finito no puede penetrar. Al fin se impone, felizmente, la necesidad de la adoración.

Pero importa no alejarnos del tema que nos ocupa. Mi dependencia respecto de Dios, según lo que antecede, es tan profunda, que cuando hay de ser en mí, me une a El; solamente el no ser nos desune; mi ser individual, libre de esa nada en que estoy, que me limita esencialmente y en todo, sería el mismo Ser de Dios. Mas he ahí que no es otra la condición del educando: también él está unido a Dios de ese modo, tan estrechamente, que sólo se distingue de El en virtud del no ser que lleva en sí, suyo como su propio ser. Parece, pues, que venimos a dar en esta conclusión: el educador y el educando —y más en general, todos los hombres— únicamente están desunidos por lo que les falta, por el no ser, entendido como verdadero mal o como simple limitación. Sin esa «nada», todos seríamos sustancialmente una misma cosa: Dios, el único Ser.

Carece de sentido, evidentemente, admitir como posible una tal identificación; pero aquí no se trata de eso, en modo alguno; nos basta saber que en el hombre singular y concreto no hay, en absoluto, nada positivo que por naturaleza no le una, en Dios, a los demás hombres. Cada cual constituye una persona distinta; mas ello, no en virtud de algo positivo —no en virtud del ser, considerado como realidad existente o como perfección o conjunto de perfeccio-

nes—, sino en virtud de lo que en nosotros no «es» ni vale, a saber: la limitación.

Lo positivo nos une en Dios, y lo negativo nos separa. También los seres infrahumanos tienen alguna realidad y ciertas perfecciones, pero están como atrapados en la materia; no perciben la propia finitud ni son capaces de superarla. En nosotros todo es limitado; mas, a diferencia de ellos, conocemos de modo espiritual, y por este camino nos es dado llegar —aunque no, claro es, con perfección infinita— al conocimiento del Ser infinito. Y ese conocimiento pide el amor correspondiente. Es que, en el interior del hombre, algo pugna por salir de la finitud oscura y cerrada; y lo consigue en el plano del conocimiento y del amor, porque Dios así lo ha querido. Los seres inferiores no pueden recibir ayuda que los liberte; es inútil amarlos. Dios merece ser amado en ellos, o mejor, a través de ellos; mas no ellos propiamente, pues su valor es mínimo, ya que están definitiva y esencialmente sumergidos en la limitación, en el no ser; y Dios también lo ha querido así. Lo que tiene lugar entre los hombres —entre el educador y el educando— es muy diferente.

Imagen

Estamos unidos porque Dios nos comunica el ser. El ser que nos viene de Dios —todo nuestro ser sustancial y accidental, incluido el de las acciones, todo lo que nos une— es fruto de la actividad creadora; Dios es quien hace que se distinga de la nada. La actividad creadora es amor generoso; o, más exactamente, es el Amor, cuyo efecto en nosotros no acrecienta la felicidad y perfección divinas, ya que el Infinito no puede acrecentarse. Las operaciones de Dios son El mismo; y Dios nos llama a participar de su Bien —tal hace al crearnos— a pesar de que no le ofrecemos ventaja alguna; de ahí que la creación, como acto libre divino, sea propiamente el Amor, Amor eterno que se manifiesta en el tiempo. Todo el ser de la persona humana, aun lo más concreto y singular, existe en virtud de ese Amor, y permanece en tanto que el Amor sigue influyendo en ella, pues de lo contrario desaparecería en la nada.

Así, el educador y el educando, como personas humanas, son efecto del Amor; de tal manera que todo en ellos proviene de ese origen primero, exceptuados los diferentes tipos de limitación. Mas la perfección del efecto es semejante a su causa. Por lo mismo, todo lo bueno de la persona humana se asemeja al Amor; y ya que el Amor

al crear comunica la propia semejanza y todo nuestro ser es creado por El, todo nuestro ser se asemeja al Amor. De ahí pueden inferirse consecuencias muy valiosas para el ejercicio de la misión educativa.

La semejanza aludida ha de entenderse sin atenuaciones, tal cual es. No consiste en un parecido superficial, sino que penetra todo nuestro ser y no deja lugar para diferencias que estén fundadas en algo positivo del hombre. Recordemos, particularmente, que Dios nos imprime dicha semejanza suya en las capacidades y tendencias del entendimiento y la voluntad. Podemos, pues, amar de modo parecido a como nos ama Dios; y nuestras facultades superiores nos inducen a hacerlo en virtud de la naturaleza que El les ha dado. (Es cierto que el hombre fue herido en las capacidades de su naturaleza. Mas también es innegable el hecho de la Redención.)

Por otra parte, el Amor se identifica sustancialmente con la Verdad; así, el ser que Dios nos comunica es también semejante a la Verdad divina, y por eso nuestra mente no halla reposo lejos de la verdad pura y entera.

La misma identidad de la Verdad y el Amor, que no se distinguen del Ser divino, ha de tener igualmente alguna semejanza en el hombre. Bástenos, a ese respecto, observar que nuestro amor —entiéndase el amor generoso— deja de serlo si discrepa de la Verdad. Amar generosamente no es verter el propio afecto en una persona con el fin de dominarla; ni ofrecerle un bien que le haga admitir males superiores, para satisfacer con ello su egoísmo y el propio. Todo eso es la antítesis del amor de caridad; y a la vez es mentir, porque es atraer con un bien aparente y causar, por ese medio, un mal que las palabras o las actitudes procuran empequeñecer u ocultar. En resumen, estas nociones permiten afirmar que todo nuestro ser, en la medida en que es ser, es verdad y amor unidos armoniosamente e impulsados, en cierto modo, hacia la plenitud divina.

De manera que el educador y el educando no son como islas situadas frente a frente. Al contrario, nada les desune sino el mal y el no ser. Es claro que esas limitaciones, en algunos aspectos, son esenciales y definitivas; pero el entendimiento y la voluntad pueden salvar el foso y conseguir la unión en la Verdad y el Amor; y ambas facultades se orientan y mueven en este sentido, con tal que la persona libre no decida introducir el desorden. Hay, pues, razón de

sacrificarme por el educando; tanta, que todo mi ser lo exige, pues todo en mí, excepto el no ser y el mal, me une a él en Dios.

El convertirme en camino para que el educando llegue a su fin, no es ponerme en un plano indigno de la persona; es hacer algo —una sombra no más— de lo que hace Dios; tomar su Amor por modelo. Educar imitando a Dios en el Amor es divinizarse; en el sentido que educar de esta forma —la única posible— es comunicar el Bien, y comunicar el Bien es ejercer la libertad de modo que cada vez resulte más perfectamente compenetrada con el Amor.

Mas para ello no basta amar a Dios en Sí mismo; sólo educo si le amo en aquellos a quienes debo educar. En efecto, según vimos, educarles es conseguir que en todos los aspectos de su vida elijan a Dios, más y más perfecta y eficazmente, en lugar de elegir los bienes que le excluyen; pero no podré conseguirlo, claro es, si no logro que, cuando realizan los actos libres, descubran en El al Bien. A ese fin, el educador debe procurar que perciban, en cuanto cabe, el amor que Dios les tiene; y para hacerles llegar dicho mensaje, es preciso mostrárselo como impreso en mi propio amor, el cual ha de penetrar —en lo que depende de mí— todos los elementos e instantes del proceso educativo.

Los educandos, en presencia de ese amor —que no es blandura ni egoísmo disimulado— podrán descubrir el que Dios les tiene; y la respuesta justa, que el mismo educador deberá sugerirles viviéndola, consistirá en elegir al Bien, sin condiciones, frente al mal.

Referencia.

Quien educa ama a Dios al amar así al educando; porque éste, según se ha advertido, nada es y nada vale sino en tanto que Dios está en él. El amor que educa no ama el mal ni el no ser del educando; ama a la persona, a pesar del mal y del no ser que la desfiguran y limitan; y toda su acción es intento —feliz o infructuoso— de ayudarla. Proceder de ese modo no es descansar en los bienes parciales, ni menos en los solo aparentes o relativos; no es buscar la complacencia en lo que el educando tiene, sino colaborar con él para que adquiera lo que le falta.

Hay un doble peligro, que se evita aquí por entero. De un lado,

el de amar a Dios en apariencia, sin amar sinceramente al educando, persona humana en la que el bien nunca aparece exento de mal; por otra parte, el de amar en apariencia al educando, sin amar a Dios en él. El educador tiene que amar al educando como a una persona; pero su amor, si es auténtico, no se dirige a lo exclusivamente propio de la persona —la deficiencia y el no ser—, antes a lo que en ella hay de divino, que es todo lo demás. Lo que ella tiene de divino, el amor auténtico, no lo subordina a lo exclusivamente individual del educando, porque en éste lo individual no referido a Dios no es el Bien, ni siquiera alguna forma atenuada pero genuina de bien, sino el mal o el no ser.

Así, lo que es privación o simple carencia se separa del objeto del amor, y no es amado; y lo menos divino se ama en función de lo más divino. Lo más divino se ama del todo, sin propiamente subordinarlo; y esto significa, en primer lugar, no referirlo al no ser. Amarlo sin referirlo al no ser es amarlo porque Dios está ahí, en el objeto del amor; no un dios yuxtapuesto al bien, sino Dios, que es el Bien, origen absoluto de cuanto el educador debe amar y desarrollar en el educando.

Amar de esta manera al educando no es amar exclusivamente a Dios mismo, cual si Dios estuviera envuelto y penetrado por limitaciones. El educando no es Dios cautivo en el mal y en el no ser; es una persona finita, en quien el no ser, considerado como limitación, no es menos esencial que el ser. No obstante, resulta cierto que el educando tiene en sí algo divino. Todo él es divino, porque en la medida en que no lo es, es «nada»: mera falta de ser, o falta de algún bien que debería hallarse en su persona.

Dios es el Ser y el Bien, sin limitaciones; y lo que no tiene límites lo incluye todo; por eso el educando, en lo que es y vale, es divino. Divino, pero no Dios; precisamente le educamos porque no es lo que debería, y en Dios no cabe ninguna deficiencia. No se trata ahora de resolver metafísicamente el problema de la relación entre los seres y el Ser. Recordemos tan solo que todo ser es absurdo si no existe el Ser, Dios; y Dios, a su vez, sería absurdo si en El hubiera las limitaciones que percibimos en los seres. De modo que éstos se distinguen de Dios; no quedan absorbidos en El. Mas, ¿cómo pueden ser algo y existir, junto al Infinito, sin que el Infinito los absorba? En realidad nos es suficiente una conclusión: el educando tiene ser y existe, y es digno de que le amen y eduquen, porque todo

él es referencia a Dios, no un absoluto relacionado con el Absoluto. No hay entre los seres y el Ser menor disparidad que entre una mera relación y cualquiera de las sustancias que conocemos a través de los sentidos.

El educando, como ser, e incluso como limitado en el ser y en las acciones, no es absurdo, porque es «ser para Dios». En él lo realmente distinto de esa referencia se reduce a la simple nada o al mal. Por eso, aun en el plano de la naturaleza, debe considerársele de condición divina; y por eso merece que el educador le ame y le ayude.

El amor que educa da eficacia al dinamismo con que la persona, en todas las dimensiones del propio ser, se lanza a buscar a Dios y a unírsele. El educando es persona cuya naturaleza consiste —más que en cualquier otro carácter— en el depender mismo de Dios y en el puro referirse a El; de ahí que todo su ser tienda hacia Dios. Por consiguiente, el amor que educa es, a un tiempo, amor a Dios y al educando; se centra en éste, pero elevándose y elevándole a Dios. Es amor sincero; tanto, que en cierto sentido abraza incluso lo malo de la persona amada; la acepta tal cual es, y la ayuda para que, desde el interior de las deficiencias —capacidades oprimidas—, se actualice en ella el bien. Ni es posible amar a Dios de modo más auténtico, pues el amor que educa no se detiene, aprisionado, en la finitud del ser a quien ama; al contrario, llevándole consigo, se dirige entero a Dios.

Elección

Los seres que están sujetos a limitaciones son, de manera radical, referencia al Ser infinito; pero en la persona humana dicha referencia es esencialmente superior a la que guardan los demás seres del mundo visible. El hombre, al conocer y al amar, puede unirse a Dios; y en El, a los demás hombres. Lo material no le sujeta por completo; el ambiente del ser humano está en la unidad de todo lo verdadero y de todo lo bueno, la cual se realiza en Dios, Verdad y Bien. Mas, de otro lado, los seres inferiores tienden a Dios —aunque sin salir de la propia limitación material— necesariamente; en su actividad respectiva, traducen con fidelidad perfecta la referencia al Ser. Las posibilidades del educando son esencialmente —de algún modo infinitamente— más ricas que las de ellos; pero pueden frustrarse, porque la persona humana es libre. La libertad psicológica es plenitud —capacidad de elegirlo todo— que en cierto sentido nos

asemeja peligrosamente a Dios. El es el Infinito, el Bien; y por eso es centro natural hacia el que deben confluír todas las tendencias. La persona humana conoce el poder de la libertad, descubre que nada puede resistírsele a ser objeto de la elección; y como la elección lleva en sí voluntad de conseguir lo elegido, fácilmente incurre en la adoración del propio sujeto; quiere hacer de él el centro de todo. Es decir, la persona avanza de la capacidad infinita de elección a la voluntad absurda de ser infinita; y de ahí a la elección de sí misma, cual si fuera el Bien, en lugar de Dios. El educando vive al borde de este abismo. El amor que educa le invita a mirar en otra dirección, hacia el verdadero Bien, y le ayuda para que llegue con eficacia a alcanzarle.

El educando corre, pues, el riesgo de elegir su propia individualidad como bien sumo, y de caer así en la «nada» que es exclusión de Dios. Mas el educador se halla a ese respecto en condiciones muy parecidas; y si no opta por adorar el no ser, difícilmente se libra, cuando menos, de ser remiso en elegir al Bien.

Entre excluir el egoísmo total y amar cual Dios lo merece de nosotros, hay lugar para innumerables posiciones que impiden educar eficazmente. En todas ellas se descubre un tipo común de deficiencia: los actos libres sustituyen, en mayor o menor grado, el Bien por los bienes de la persona humana. En igual medida, el amor decae; y no sugiere ya al educando, con la debida claridad, la presencia del Bien. El educador, como persona, nada tiene que no deba ser subordinado positivamente a Dios; y si sus actos libres discurren en sentido contrario, se oponen al proceso educativo. Por eso, el egoísmo del educador es nefasto; y su mal influjo no puede impedirse ni con el amor de Dios, si dicho amor va acompañado de deficiencias que den cabida al egoísmo.

Comunidad

Aquí deberíamos examinar lo que parece decisivo en las cuestiones antes formuladas: ¿Puede el educador, sin oponerse a la educación, buscar en el educando algún medio —aun distinto de la persona misma del educando— para un fin exclusivamente propio del educador? Las observaciones recogidas en los párrafos anteriores conducen a una respuesta negativa. Veámoslo.

Un fin exclusivamente propio del educador es, por naturaleza,

deficiente; y en tanto que lo es, se opone a la educación. Cualquier deficiencia que consista en excluir a Dios —en mayor o menor grado— de la finalidad de los actos libres, cual si el educador fuera en algo un absoluto frente a El, es contraria al proceso educativo.

Esto ya fue apuntado anteriormente, pues pudimos advertir que la educación exige santidad en el educador. Mas conviene ahora explicitar que también contrarrestan el influjo educativo las deficiencias cuyo objeto, directamente, no es el educando; además, que lo contrarrestan las formas de egoísmo ocultas bajo apariencia de amor, siempre que busquen absolutizar frente a Dios al propio sujeto; y que el educador —o, dicho en general, la persona humana— incurre en el desorden de considerarse, en algo, como un absoluto frente a Dios, con solo reservar absoluta y conscientemente algún bien para sí, sin dejar que se beneficien los demás hombres.

Estas afirmaciones se apoyan en una misma razón, que ha sido ya enunciada: todo lo bueno de las personas las une entre sí, en Dios; y lo que no las une entre sí en Dios, no es bueno. Dicha razón no solamente vale fuera del campo de la libertad, sino también dentro de él. El fruto de cualquier decisión libre, si es bueno, jamás queda encerrado en un individuo; se comunica a todos y es lazo de unión entre todos. Y viceversa, el acto libre que no contribuye a unir a todos los hombres en Dios, no es bueno.

En el caso antes aludido, el educador pretende un bien, fin de alguna actividad suya libre, exclusivamente para sí. Puede ocurrir que, objetivamente, ese fin sea bueno; pero el mal está en la decisión libre que intenta reservarlo para el propio sujeto. Es una decisión que no tiende a unir en Dios, sino a separar, y por ahí descubre que no puede ser buena; es realmente mala, supuesto que no falte ninguno de los elementos subjetivos que son necesarios para la bondad o malicia. Aun admitiendo entre el bien y el mal una zona neutra, de actos humanos concretos indiferentes, aquella decisión habría de incluirse entre las malas, porque no se limita a abstenerse de elegir la unión, sino que es la elección de lo contrario.

El acto libre, aparte del fin a que va dirigido, es algo, y como ser uno; pero si a la vez elige la desunión, su fruto consiste, como intento siquiera implícito de la persona, en apartar de Dios lo que por naturaleza está vinculado a El. Al realizar ese acto, el educador recluye en la propia individualidad un bien que debería comunicarse y, de ese modo, contribuir a la eficacia de la tendencia al Bien, no solo en el educando, sino en todos los hombres. Así no se favo-

rece al educando, evidentemente; se contrarresta su educación, pues se deja paso a las fuerzas disgregadoras que pugnan por dominarle. Más aún, el educador, con los actos libres que este egoísmo penetra, influye positivamente —en forma directa o mediata— a favor de tales fuerzas, porque busca aprisionar al educando en la elección de fines independientes del Bien.

La unión ha de establecerse incluso en lo más intransferible de cada persona. Aquí lo mío no pertenece a ningún otro ser humano, pero me une, si es un bien genuino, con todos los seres humanos; y mi libertad solamente se opone en tanto que, llevada del egoísmo, se independiza frente a Dios.

Volvemos, pues, a la conclusión de siempre: la libertad humana, si no quiere perderse en el no ser y en el mal, ha de seguir necesariamente un camino único, aunque puede hacerlo de muchas maneras: el de elegir a Dios, en vez de elegir la individualidad como exclusivamente propia; o, dicho con otras palabras, el de posponer por entero la propia individualidad, subordinándola positivamente al carácter de «ser para Dios». Mas Dios no se me comunica a través de alguna relación solo individual que yo guarde con El, antes únicamente a través de todo cuanto me une con las demás personas humanas; porque todo eso me viene, en definitiva, enteramente de Dios; y porque nada distinto de eso, en mi ser ni en mi actividad, tiene su causa en El. Por lo mismo, los actos libres de la persona, a la vez que la unan a Dios, han de unirla a todos los hombres; y contribuir a que todos ellos se unan también a Dios y entre sí, en la verdad y en el amor.

Cualquier otro camino que la libertad quiera seguir supone esencialmente elección del no ser y del mal; Dios, en efecto, no se comunica por él, y nadie puede elegir a Dios sin que Dios se le comunique. Estas observaciones, aplicadas a la relación entre el educador y el educando, todavía resultan más evidentes.

Para mayor exactitud, conviene advertir que en el hombre singular y concreto no sólo el ser y las perfecciones actuales, sino incluso la potencia pasiva, en cuanto referida al ser y a las perfecciones del ser, le une a los demás hombres en Dios. Vemos, sí, que lo material individualiza, y, por tanto, distingue unos seres de otros; y aun la misma espiritualidad, que es raíz de la inteligencia y de la volición, también nos distingue de los seres infrahumanos. Huelga decir que

en ninguno de los dos casos la desunión es propiamente un mal. Más aún, cada persona humana debe cultivar lo bueno que la distingue; según la expresión corriente —aunque a menudo mal empleada—, la persona ha de ser auténtica. Pero todo el valor de sus peculiaridades concretas, y hasta el valor de que sean peculiares, es lazo de unión con las demás personas humanas.

Ciertamente, el educador no tiene derecho a tratar por igual a todos los educandos, ni le es lícito adaptarse al modo de ser de cada uno para introducirles con mayor facilidad en un molde común; o sea, que el fin de la educación y el proceso educativo han de concretarse de manera distinta en cada educando. Empero, precisamente al desarrollarse así la educación, la unión se acrecienta y se perfecciona.

Para decirlo ya todo, el subsistir como persona a quien nadie podrá fundir sustancialmente en otra alguna, representa una perfección valiosísima; en cierto sentido, es el fundamento de todas las perfecciones humanas. Mas es fundamento de todas ellas en igual sentido que lo es de la unión entre las personas.

¿Estamos defendiendo lo absurdo? La verdad es que el tener peculiaridades buenas, y, dicho en forma general, el subsistir como persona humana, constituye un bien que va acompañado de desunión, pero que no resulta de la desunión. Al contrario, ésta limita el bien y le impide que sea más perfecto.

Tres hombres juntos no se comportan como tres árboles, ni como tres aves reunidas en la copa de un árbol. Las personas, cuando para relacionarse ejercen la actividad intelectual y la volición, se sitúan en un ámbito esencialmente diverso del de proximidad o lejanía físicas; y también esencialmente diverso del de conocimiento, apetito o afectividad sensibles. Tales personas se mueven en el plano de la verdad y del bien, que se extiende hasta Dios. Eligen a Dios, Verdad y Bien, y con ello se unen; o le rechazan, posponiéndole a lo que es relativo, y entonces quedan cerradas al auténtico amor mutuo. Este último estado, aunque aparece en el plano del espíritu, que es el de la verdad y del bien, no supera, en cuanto a valor, el nivel de los seres materiales. El estado de unión en la Verdad y el Bien es, esencial y notoriamente, más perfecto. ¿De dónde procede esta perfección?

Tal perfección la vemos atesorada en las personas, que son distintas entre sí; ha sido lograda a través de la individualidad y, en algunos aspectos, gracias a las peculiaridades de cada individuo. Mas,

de otro lado, se ha conseguido por obra de fuerzas unitivas: de la tendencia a la Verdad y del amor al Bien. La individualidad, con sus rasgos peculiares, tan solo contribuye en la medida que apoya tales fuerzas; y las apoya en virtud del ser que contiene. Pero, además del apoyo, ofrece impedimentos; y éstos son los ya tantas veces nombrados, que se resumen en la finitud y el mal.

De modo que la perfección de la persona humana, si bien debe lograrse en la individualidad y con ayuda de cualidades que la distinguen de los demás hombres, no está en lo que la separa y encierra; ni tampoco, claro es, en la separación y encerramiento; consiste en ser capaz de tender a la Verdad y al Bien, y en llevar a efecto, lo más cumplidamente posible, dichas tendencias. Dios, Perfección infinita, es Unidad perfecta; y la educación de los hombres, según hemos venido observando, coincide con el avance en la verdadera unidad, el cual es unión progresiva en Dios.

Unión, ¿de quiénes? Del educador, del educando y, por lo que depende de ellos, de todas las personas humanas. La educación de uno no repercute en perfeccionamiento efectivo de todos; pero el educador ha de extender a todos —ahora veremos en qué sentido— la acción educativa; y en todos influye también el educando, si de verdad se educa.

Los árboles que crecen juntos, solamente guardan entre sí, en el mundo real, relaciones materiales; y tampoco las relaciones sensitivas están libres de sujeción intrínseca a la materia. Unas y otras quedan vinculadas al tiempo y al espacio. La savia que absorbe un árbol no beneficia a su vecino; ni el dolor de un ave, por citar otro ejemplo, podrá nunca atenuar el de la que muere olvidada en la lejanía. En el hombre no siempre ocurre de este modo, porque las perfecciones del espíritu no están propiamente sujetas al espacio ni al tiempo.

Así, el amor que educa, extendido a todos los hombres en lo que tiene de espiritual, no es menos beneficioso para el educando que si tan solo procurara perfeccionarle a él. Si, por el contrario, deliberadamente excluye a alguna persona, degenera y pierde lo esencial de su virtud educativa. En efecto, en tal caso, lejos de elevarse a Dios, le pospone a los bienes que no halla en la persona excluida; no la penetra para llevarla consigo a Dios, se detiene ante ella, sin avanzar hacia el Bien sumo. Poco significa el que pretenda llegar a Dios por otros caminos; todo es vano, porque en aquel punto el Bien

queda subordinado a la finitud y, por consiguiente, es negado como Bien infinito.

De otro lado, ya sabemos que el bien es unitivo por su misma naturaleza; y que no solamente influye en la unión de algunas personas humanas, sino en la de todas, mientras no lo impida el mal. De manera que el proceso educativo, si de verdad existe, va más allá del educador y el educando: tiende a unir a todos los hombres en Dios. Si a nadie excluye deliberadamente del amor, pero ese amor tampoco procura de forma expresa el bien de todos, no es posible que consiga frutos excelentes; el resultado será tan mediocre como el amor, el cual, en tanto que no busca unir a todos los hombres en el Bien, queda encerrado en las limitaciones del individuo.

El influjo, extendido a todos los hombres, nunca será plenamente eficaz, porque las personas humanas son libres; y, además, podría parecer que ha de frustrarse al faltar la presencia de quien lo ejerce. Pero no olvidemos que, en definitiva, toda la eficacia de la verdad y del bien la da Dios. Por eso, aunque no haya presencia física—directa ni mediata—de la persona que ejerce el influjo ante las que deben recibirlo, no todo se pierde; al revés, la eficacia es segura, con tal que no se oponga la libertad humana. Es que Dios, si una persona ama a todos los hombres en El, a todos se comunica por medio de ella, sin necesidad de la presencia aludida. Dios tiene camino para hacerlo, como quiera que una libertad humana, al elegirle incondicionalmente, le ha introducido en sí misma; porque los actos de esa libertad intentan unir a todos los hombres en El. Dios ama y opera en tales actos, y de ahí les viene la eficacia.

El amar por entero a una persona o a varias, el dar la vida, hora tras hora, por su verdadero bien, es nobilísimo. No hay que disminuir en nada ese amor. Lo pernicioso es creer que para amar por entero a alguien hay que amarle a él solo. Eso no es verdad, ni siquiera respecto del amor a Dios. No cabe duda que el amor no espiritual, cuantitativo como la materialidad de su propia esencia, únicamente podrá ser total si es exclusivo; pero el amor espiritual a todos nuestros hermanos, los hombres—entendido como elección incondicional del Bien de todos y para todos—no disminuye el que se tiene a uno o a varios de ellos. Como educadores, debemos vivir para nuestros educandos; pero a la vez, ofrecer la vida con igual generosidad por todas las personas humanas. Y nuestros educandos tienen que abrirse también a ese mismo amor, sincero y efectivo.

¿Solución?

Quedamos en el umbral. Nuestras reflexiones, extendidas al mundo de la gracia, hubieran completado el esquema; habrían percibido la exigencia de otra unión entre los hombres, y de los hombres con el Padre, esencialmente más estrecha, profunda y divinizadora.

Las ideas esbozadas hasta aquí, muestran de algún modo que no hay educación sino en tanto que se establece verdadera comunidad; que ésta, la comunidad, es la unión progresiva de las personas en la Verdad y el Amor; que su necesidad se funda en el origen total y absoluto de nuestro ser y de nuestro bien; que ha de abrazar, por lo que de nosotros depende, a todos los hombres... En realidad, afirmaciones harto conocidas; tal vez expresadas con algo más de convicción que en otras ocasiones, pero incapaces de solucionar ningún problema de la vida. He ahí lo cierto. Los problemas de la vida tienen solo una solución, a la cual se llega por un solo camino. Hemos andado un trecho muy corto, y no de las partes más difíciles. Lo decisivo es una opción, porque a Dios únicamente podemos encontrarle si se aúnan su Amor y nuestra libertad.

Jaime CASTAÑÉ, F.S.C.

